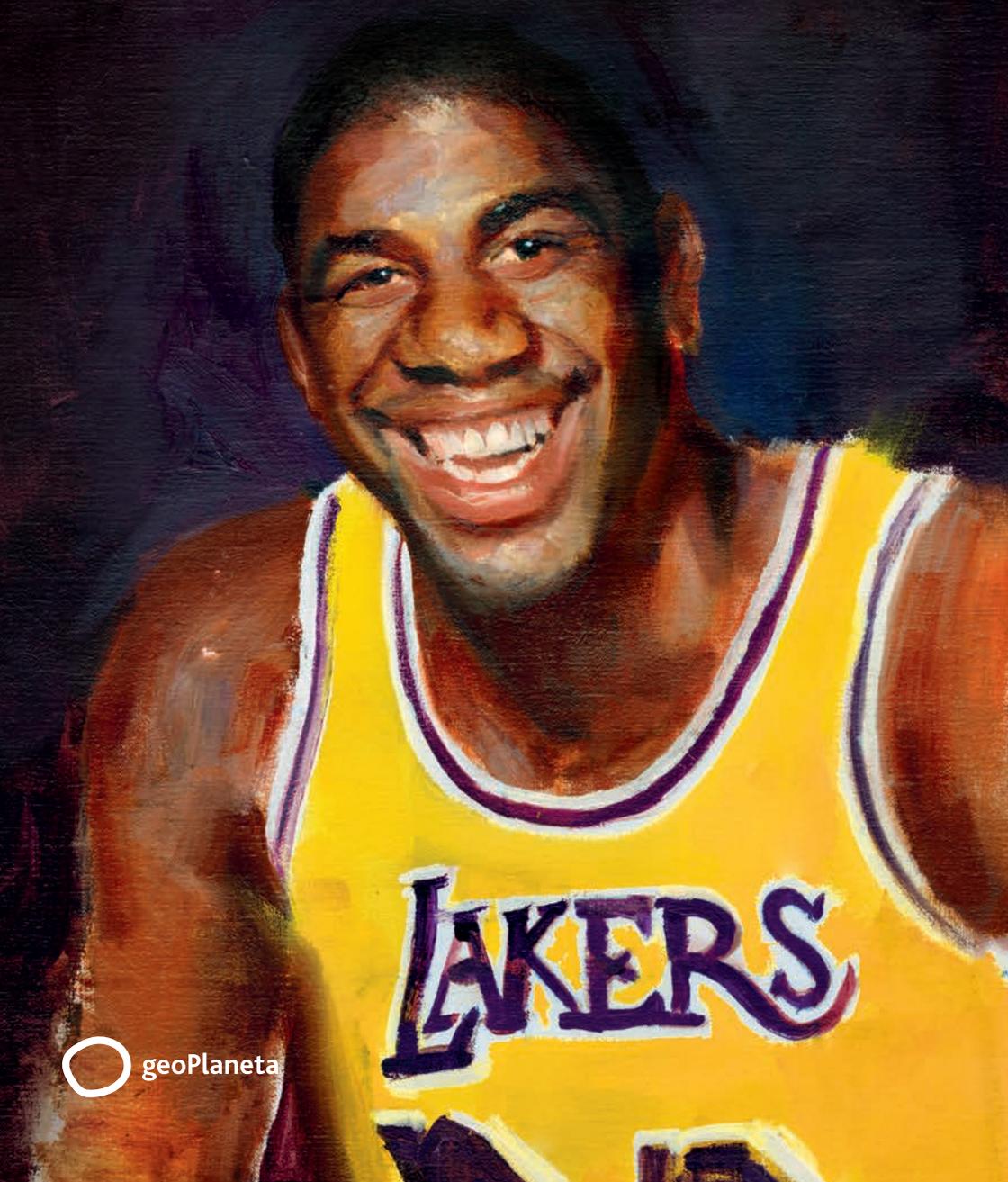


Earvin

'Magic' Johnson

y William Novak

Mi vida



Mi vida

EARVIN «MAGIC» JOHNSON
Y WILLIAM NOVAK

MI VIDA

Título original: *My Life*

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es - www.geoplaneta.com

DE LA EDICIÓN ORIGINAL

© June Bug Enterprises, 1992

© del texto: Earvin 'Magic' Johnson y William Novak, 1992

Esta traducción se publica por acuerdo con Random House, un sello y división de Penguin Random House LLC

DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

© Editorial Planeta, S.A., 2022

© Traducción: Joaquín Adsuar, 1993

© Imagen de cubierta: Iván Floro

© Prólogo: Gonzalo Vázquez, 2022

Revisión técnica: César Cornejo

ISBN: 978-84-08-25684-7

Depósito legal: B. 1.454-2022

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO en la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70/93 272 04 47. El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Prólogo	IX
Reconocimientos	11
Prefacio	13
Amor y disciplina	21
Negros y blancos	45
Tres amigos	61
La hora de la decisión	71
Estudiante universitario	81
Aquella temporada del campeonato	105
El siguiente nivel	123
La temporada de novato	137
Un tío muy grande	155
Mi triste segundo año	179
Los chicos del autobús	199
Míster Intensidad	225
Los Celtics	249
Larry Bird	267
Isiah y Michael	279
Las mujeres y yo	295
Malas noticias	323
Mi nuevo empleo	345
Un partido	373
La retirada	385
Una nueva vida	403
Epílogo — Un mensaje para los adolescentes negros	413
Posdata	417
Índice onomástico	421

CAPÍTULO I

AMOR Y DISCIPLINA

Crecí en el seno de ese tipo de familia negra que mucha gente añora hoy en día, porque está desapareciendo. Aunque éramos nueve, teníamos lo que necesitábamos: un padre y una madre maravillosos, comida en la mesa y tiempo para reunirnos en familia. Para poder mantenernos, mis padres tenían que trabajar muchísimo. Mi padre tenía dos empleos a jornada completa y mamá tenía que trabajar tanto como él para llevar la casa. Por si no tuviese suficiente con siete hijos, también buscaba otros trabajos fuera del hogar.

Vivíamos en Lansing, Michigan, a hora y media de Detroit. Nuestra familia vivía en el número 814 de Middle Street, en una modesta casa amarilla de madera situada en la parte oeste de la ciudad. Era un barrio tranquilo, de gente trabajadora. No era un barrio residencial, pero tampoco era un gueto.

Además de ser la capital del estado, Lansing es también una gran ciudad industrial. La General Motors estaba en plena ebullición durante la década de los cincuenta y había puestos de trabajo en abundancia. Los salarios eran buenos, y por ese motivo muchos negros, entre ellos mis padres, se trasladaron a Lansing desde el sur rural. La mayoría de los padres que conocía, incluido el mío, trabajaba para la General Motors o para alguna de sus filiales.

Lansing era un lugar estupendo para crecer y hacerse mayor. El ambiente era el típico de una ciudad pequeña; la gente se saludaba al encontrarse por la calle. Nosotros conocíamos a todos los vecinos, y las familias con las que me crie lo hacían casi todo juntas: ir a la iglesia, al colegio, al centro juvenil, a patinar sobre hielo y a los partidos de baloncesto en Sexton, el instituto local.

Todo lo que hiciera, cualquier pequeño problema que tuviese, llegaba a oídos de mis padres..., a veces incluso antes de volver a casa.

Era imposible escaparse en un vecindario como aquel. La gente se encontraba en la tienda y decía:

—¡Hola, hoy he visto a tu hijo!

Los chicos y las chicas sabíamos que, si hacíamos algo que estuviera mal, podíamos recibir una bronca de cualquier adulto que anduviese por allí, lo que no evitaba que nuestros padres nos castigaran también al volver a casa.

Nací el 14 de agosto de 1959, soy el mediano de siete hermanos. Quincy, Larry y Pearl eran mayores que yo, y Kim y las gemelas Evelyn e Yvonne nacieron después. Mi madre dice que yo fui un bebé precioso que sonreía mucho, y que dejaba que todo el mundo me cogiera en brazos y jugase conmigo. Y creo que no miente.

La familia se apretujaba en tres pequeñas habitaciones en la segunda planta: una para mis padres, otra para mis cuatro hermanas y la tercera para los tres chicos. Cada mañana, antes de ir al colegio, todos hacíamos cola para entrar en el único cuarto de baño y la casa se convertía en un auténtico manicomio. Enseguida aprendías que había que darse prisa.

Aparte de nosotros siete, mis padres tenían otros tres hijos de matrimonios anteriores: Michael, Lois y Mary, que vivían en el sur pero venían con frecuencia a quedarse con nosotros. Y siempre los consideramos parte de la familia.

Antes de dar el estirón yo era un chico regordete, y de pequeño me llamaban June Bug.¹ Los mayores del barrio iban a trabajar y, cuando me veían pasar con mi balón, los oía decir:

—Ahí va ese loco de June Bug, siempre jugando al baloncesto.

Mis padres me llamaban Junior, pero para mis amigos era E. J. y, a veces, solo E. En Lansing me siguen llamando así.

Ya hace tiempo que dejaron de llamarme por mi primer apodo, lo cual me complace. Estoy contento por no haber tenido que arrastrar ese sobrenombre toda mi carrera profesional: «¡Damas

1. Escarabajo de junio.

y caballeros, jugando en la posición de base con el equipo campeón de la NBA, Los Angeles Lakers, les presento a Escarabajo de junio Johnson!».

Formábamos una familia muy unida y lo pasábamos muy bien juntos. Casi todos los sábados por la noche hacíamos una cena especial. Mamá asaba en el horno una tanda de empanadas caseras con cebolla, pimientos, champiñones y hamburguesas. Después de cenar, íbamos de la cocina a la sala de estar con unos boles enormes repletos de palomitas para ver la televisión.

Cuando era pequeño veíamos mucho la televisión: programas y series como *Barnaby Jones*, *Mannix*, *Colombo* y *Agentes C.I.P.O.L.* Por aquel entonces no había muchos programas de negros, pero vimos *Sanford and Son*, *El Show de Flip Wilson* y *Julia*, con Diahann Carroll. Los domingos por la noche siempre veíamos a Ed Sullivan, en parte porque en su programa actuaban muchos artistas negros.

Pero cuando echo la vista atrás y pienso en cómo influyó en mí la televisión, lo que me viene a la memoria no es un programa, sino un anuncio del jabón Camay en el que se veía a una señora joven, alta y elegante que parecía vivir en un castillo y estaba a punto de meterse en una gran bañera empotrada. Por algún motivo, aquella bañera gigantesca ejercía sobre mí una poderosa atracción. Así que decidí que cuando me hiciera mayor viviría en una gran mansión con una bañera como aquella.

Una de las veces que pasaron el anuncio, me volví hacia mi hermana Pearl, un año mayor que yo.

—¿Ves esa bañera? —le indiqué—. Algún día tendré en mi casa una exactamente igual.

—Sí, muy bien —respondió Pearl, y nunca volví a mencionar el asunto.

Pero hoy día tengo una gran casa con una enorme bañera que me recuerda a la del anuncio. Y Pearl se ha bañado en ella.

Mi otra noción de lo que significa ser rico tuvo su origen en uno de mis trabajos a media jornada. En Lansing había dos empresarios negros de éxito: Joel Ferguson y Gregory Eaton. Poseían unas casas preciosas, conducían buenos coches y todo el mundo los admiraba. Yo limpiaba sus oficinas. Cada vez que entraba en ellas me sentaba en aquellos enormes sillones de cuero

y subía los pies a aquellos escritorios tan amplios. Me imaginaba que era el dueño de aquel inmueble y empezaba a dar órdenes a mi personal. «¡Haz esto! ¡Ocúpate de esto otro!» Me imaginaba que todas las personas del edificio trabajaban para mí y que contaba con el respeto de toda la ciudad.

Al contrario que Detroit, Lansing era una ciudad mayoritariamente blanca. Casi todas las familias negras de la ciudad vivían en la parte este o en la oeste, pero aquellos dos hombres eran propietarios de unas casas enormes y muy bonitas, y podían permitirse el lujo de vivir donde quisieran.

Por entonces jamás soñé que me ganaría la vida jugando al baloncesto. El objetivo que me había fijado era convertirme en un rico empresario como el señor Ferguson o el señor Eaton.

Con tantos críos que alimentar, a mis padres no les quedaba mucho dinero para caprichos. Siempre tuvimos comida suficiente, pero eran muchas las cosas que yo deseaba y que, simplemente, no podía tener, como por ejemplo una bicicleta de diez velocidades o unos vaqueros de marca. La ropa constituía para mí un tema especialmente problemático, porque cambiaba de talla cada dos semanas. (Mis hermanos y mis hermanas eran más altos que la media, pero no podían compararse conmigo.) La mejor prenda que tenía era un traje con chaqueta reversible que me ponía para ir a la iglesia. Una semana era negra y al domingo siguiente le daba la vuelta y era a cuadros.

Mis padres creían en el trabajo, y no solo para ellos, sino también para sus hijos. Esperaban que todos nosotros ayudáramos en las tareas domésticas. Al igual que el resto de mis hermanos y hermanas, yo lavaba los platos, sacaba la basura, pasaba el aspirador, hacía la comida y cuidaba de las gemelas, pese a que tan solo era dos años mayor que ellas.

Papá no era partidario de regalar nada. Por esa razón, de niño, la única oportunidad que tenía a mi alcance para tener algún dinero para mis gastos era ganármelo fuera de casa. A los diez años de edad ya tenía mi propio negocio. Quitaba las hojas caídas y limpiaba los jardines de los vecinos, o apartaba la nieve de sus aceras en invierno. Con el dinero que ganaba podía ir al cine y, de vez en cuando, comprarme un disco.

Mi padre era mi ídolo, así que siempre me fijé mucho en cómo administraba el dinero. Seguía un método mediante el cual se obligaba a ahorrar, que consistía en llevar siempre en la cartera dos o tres cheques sin cobrar. A veces yo llegaba a pensar que era demasiado cuidadoso con su dinero, sobre todo cuando no me compraba algo que yo creía necesitar. Pero no tardaba mucho en oírle decir:

—¿Quieres cinco dólares, Junior? Toma, coge el cortacésped. En esta ciudad hay mucho césped que cortar. Seguro que enseguida te ganas ese dinero.

Mi padre odiaba tener que pedir dinero prestado y solía advertirnos de los peligros de contraer deudas. Uno de los días más felices de su vida fue cuando pagó el último plazo de la hipoteca de nuestra casa. Pero también era un hombre generoso. Cuando sus amigos necesitaban unos dólares, siempre estaba dispuesto a ayudarlos.

Gracias al baloncesto y a mis inversiones en negocios, he tenido la gran suerte de obtener grandes cantidades de ingresos, mucho mayores de lo que jamás soñó mi padre. Un par de años antes de casarme con Cookie compré una casa nueva y grande que me costó siete millones doscientos mil dólares. A pesar de ello, sigo siendo hijo de mi padre y hay cosas que no cambiarán nunca.

Cuando compré la casa, mi contable me aconsejó que no pagara mucho en concepto de entrada. Por cuestión de impuestos, me explicó, era mejor pagar la hipoteca repartida en muchos años. Yo sabía que tenía razón, pero no pude hacerlo así y pagué una entrada de seis millones doscientos mil dólares, es decir, más del 85 por ciento del precio total. Aun así, no me quedé satisfecho y, pocos meses más tarde, extendí un cheque por el último millón. No soportaba la idea de tener una hipoteca —o cualquier otra deuda— pendiendo sobre mi cabeza.

Rara vez he visto a mi padre con una copa en la mano y en nuestra casa no se permitía fumar, pero mis padres tenían muchos amigos y a papá le gustaba ponerse elegante para ir a las fiestas. Yo estaba deseando que llegara el día en que pudiese vestirme como él. Cuando la revista *GQ* me sacó en portada hace unos años, me sentí tan orgulloso que enseguida se la envié a mi padre.

A él le encantaban los antiguos cantantes de *blues*, como B. B. King y Muddy Waters. Tenía sus discos de 45 revoluciones —los LP eran demasiado caros— y cada tres minutos, cada vez que terminaba uno de aquellos discos, mi tarea era levantarme para ir al tocadiscos y volverlo a poner en marcha. Las tardes del fin de semana nos sentábamos juntos en el sofá de la sala de estar y yo esperaba que mi padre se adormeciera y, cuando creía que se había dormido, quitaba su disco para poner uno de los míos: The Jackson Five, The Commodores o The Temptations.

Papá oía la música incluso dormido, o quizá solo oía *mi* música, que no le gustaba nada.

—¡Chavall! —me gritaba—. ¡Vuelve a poner esa canción!

A medida que me hago mayor mis gustos musicales se van pareciendo más a los de mi padre. Hace unos años me aficioné al *blues*, y hace poco compré algunos discos de los que a él le gustaban. Cada vez que pongo uno de ellos, Cookie se burla de mí y me llama viejo.

Si bien mi espíritu de trabajo y algunos de mis hábitos proceden de mi padre, una gran parte de mi personalidad la he heredado de mi madre. La gente habla de mi sonrisa, pero mi sonrisa es la suya, la de mi madre. Muchas personas pueden darnos felicidad haciendo ciertas cosas, pero Christine Johnson puede hacernos felices casi con cualquier cosa que haga. Es capaz de iluminar cualquier lugar con su sola presencia.

Mamá se lleva bien con todo el mundo y era como una madre para todos los niños del barrio. Incluso hoy, siempre tiene algún huésped en casa o está cocinando para mucha gente. Mientras estuve en los Lakers, cada vez que jugábamos en Detroit papá y ella venían en coche desde Lansing con montones de comida casera para todo el equipo.

Siempre estaba trabajando. Cuando las mellizas empezaron a andar, mamá se buscó un empleo como conserje en un colegio. Más tarde trabajó en una cafetería. Después de pasarse todo el día de pie, volvía a casa para ocuparse de nosotros siete, con todas nuestras quejas y riñas. Casi siempre estaba agotada, exhausta, y el cansancio se reflejaba en su rostro.

Mamá es muy religiosa, y, cuando yo era pequeño, todos íbamos a la iglesia de la Unión Misionera Bautista. Cuando yo tenía

unos diez años, una mujer comenzó a ir de casa en casa con biblias y otros libros religiosos. Pertenecía a la Iglesia Adventista del Séptimo Día y, como vio que mamá estaba dispuesta a escucharla, volvió varias veces. Los adventistas son cristianos que guardan el *sabbat* del Antiguo Testamento y algunos preceptos alimenticios bíblicos, como los judíos ortodoxos.

Cuando mamá se convirtió al adventismo, el ambiente en casa se tensó durante algún tiempo. Papá estaba profundamente integrado en la iglesia baptista y formaba parte activa de todos los comités. Él y yo cantábamos en el coro. Mamá deseaba que toda la familia se convirtiese a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y así lo hicimos durante algunas semanas; todos menos papá.

Yo lo odiaba. Mis partidos de la liga infantil de baloncesto se jugaban los sábados y, de pronto, resultó que no podía jugarlos. La televisión no podía ponerse en casa desde la puesta del sol del viernes hasta la noche del sábado, no se podía utilizar el coche los sábados salvo para ir a la iglesia y no podíamos escuchar música que no fuera religiosa.

Me enojaba tener que adaptarme a todos esos cambios. Lo consulté con mi padre, que también estaba molesto. Mamá había dejado de guisar los sábados, y también dejó de servirnos jamón, carne de cerdo y beicon. Eso resultó muy duro para mi padre, porque le encantaban el jamón y las salchichas.

Durante unas semanas vivimos en estado de guerra, pero mis padres se querían mucho y arreglaron las cosas. Papá se dio cuenta de que mamá se había tomado en serio su nueva religión, y ella comprendió que su marido nunca se uniría a ella en su nueva fe. Mis hermanas se hicieron adventistas, mientras que papá, mis hermanos y yo seguimos siendo baptistas. Mamá y papá aún lo viven así y asisten juntos a las respectivas iglesias, tanto los sábados como los domingos.

Ahora bien, que mamá tuviera una sonrisa fantástica no significaba que fuese una mujer blanda. Como nuestro padre siempre estaba trabajando, era ella la que se encargaba de impartir disciplina en el hogar. Y también era una mujer severa. Si alguno de nosotros no cumplía sus tareas o daba problemas en la escuela, lo pasaba mal. Si ocurría algo muy grave, lo que no era muy frecuente, esperaba a que papá llegase a casa.